

# TEXTOS Y GLOSAS

---

## Sobre la relación entre la Filosofía y la Teología

Hace veintiocho años que Juan Hessen publicó su famosa obra "Los valores de lo santo"<sup>1</sup> en la cual intentaba ofrecernos todo un nuevo modo de concebir la Filosofía de la Religión. Hessen recogía y aplicaba en su obra las conclusiones de toda una nueva corriente filosófica: Schleiermacher, R. Otto, Newmann, Max Scheler, N. Harmann e incluso, en un cierto aspecto, la misma orientación modernista. Toda esta nueva corriente filosófica intentaba unir el principio cristiano de la absoluta trascendencia de Dios, con una experiencia, con una vivencia religiosa de Dios; tal experiencia podría identificarse ya con una mística primitiva, prelógica o con una mística totalmente reflexiva. No obstante, esta nueva orientación del pensamiento filosófico más que a la misma mística pretendía referirse ante todo a un *valor* y, en el caso de la Filosofía de la Religión, a un *valor religioso*. Hessen no ocultaba su intención: quería aplicar a la Religión el mismo método que Max Scheler había aplicado a los valores en general, N. Harmann a los valores éticos y otros muchos, incluso el mismo Hessen, a los valores estéticos.

Esta obra de Hessen no llegó a convencer a los católicos, a quienes iba fundamentalmente dirigida. Hasta hace algunos años los autores católicos han venido desechando este nuevo camino con la misma y casi idéntica indiferencia con que se ha venido rechazando a Kant o al mismo Rosmini. Es claro, sin embargo, que esta oposición ha surgido ante todo de la incapacidad para amoldarse a un nuevo modo de pensar. Es obvio que quien vive inmerso en las categorías de Aristóteles y opera única y exclusivamente a través de ellas, trate luego de aplicarlas a cualquier nuevo modo de pensar, con lo cual estas formas nuevas de pensar resultan quizás un tanto caprichosas e inválidas. De hecho, las refutaciones de Hessen se han venido haciendo en nombre de las categorías aristotélicas.

Hoy, en cambio, el panorama ideológico se ha transformado rápidamente y el mismo Aristóteles ha pasado a ser el primer sospechoso. La Iglesia se ha en-

---

<sup>1</sup> J. HESSEN, *Die Werte des Heiligen. Neue Religionsphilosophie*, Regensburg 1938. Esta obra es un desarrollo del valor religioso concreto, que ya había sido relacionado con otros valores en una obra del mismo J. HESSEN, *Wertphilosophie*, Paderborn 1937. Cfr. H. MYNAREK, *J. Hessens Philosophie des religiösen Erlebnisses*, Paderborn 1963.

contrado de pronto separada del mundo. Ante ello ha surgido dentro de la misma Iglesia una reacción vigorosa: ni Iglesia sin mundo, ni mundo sin Iglesia. Pero volver a unir lo que una larga tradición ha ido dejando separar, parece empresa sobrehumana. No obstante, no por eso se ha pretendido abandonarla. Y ha sido la misma Iglesia la que ha tomado la iniciativa en el Concilio Vaticano II, impulsando a los fieles a que se adapten a las necesidades y vicisitudes de nuestro tiempo<sup>2</sup> y animando a los sacerdotes a que sean ellos quienes dirijan esta misma adaptación de la conciencia religiosa. Más aún, para llegar a conseguirlo con una máxima urgencia la Iglesia ha expresado con toda claridad su voluntad de que la formación de los sacerdotes vaya totalmente dirigida hacia una misma e idéntica finalidad: descubrir y llevar a los hombres el Misterio de Cristo<sup>3</sup>. Para ello nada mejor que estructurar en la más profunda unidad del corazón los diversos aspectos de esta formación sacerdotal: el aspecto doctrinal, el aspecto espiritual y el aspecto pastoral<sup>4</sup>.

Deteniéndonos ahora única y exclusivamente en el aspecto doctrinal, el Concilio nos dice expresamente:

“En la revisión de los estudios eclesiásticos hay que atender sobre todo a coordinar mejor las disciplinas filosóficas y teológicas; que juntas tiendan a descubrir cada vez más en las mentes de los alumnos el Misterio de Cristo, que afecta a toda la historia del género humano, influye constantemente en la Iglesia y actúa, sobre todo, mediante el misterio sacerdotal”<sup>5</sup>.

Lograr con sinceridad esta renovación que se nos pide nos exigirá, sin duda alguna, repetir la inmensa obra que en su tiempo realizó San Agustín: sin negar el hecho diferencial de la Filosofía y la Teología, buscar y hallar un común denominador entre ambas en el mismo corazón del hombre, de una forma semejante a como el mismo San Agustín, hablándonos de las cuatro virtudes cardinales nos dice que son *amor prudente*, *amor justo*, *amor fuerte* y *amor templado*<sup>6</sup>.

Ante esta inmensa tarea que se nos impone, la actitud iniciada por Hessen nos ofrece un número inmenso de valiosas sugerencias. Por otra parte, es él mismo quien nos ha declarado de una forma expresa que una gran parte de sus intuiciones se deben a la lectura asidua y meditada de San Agustín. No obstante, antes de iniciar el análisis de las diversas posibilidades que nos puede ofrecer

<sup>2</sup> Const. *Sacrosanctum Concilium. Sobre la Sagrada Liturgia n.º 1* (Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos. Declaraciones, ed. BAC, Madrid 1965, 148). Citaremos sencillamente con la sigla BAC, seguida de la página correspondiente.

<sup>3</sup> Decr., *Optatam totius Ecclesiae. Sobre la formación sacerdotal* 14, BAC, 468.

<sup>4</sup> *Ibid.* 4, 8, BAC, 459, 462-463.

<sup>5</sup> *Ibid.* 14, BAC, 468.

<sup>6</sup> *De mor. Eccl.* I, 15, 25, PL. 32, 1.322.

la obra de Hessen, nos es absolutamente necesario dejar planteado en toda su precisión y claridad el problema con el cual necesariamente tenemos que enfrentarnos hoy día dentro del campo de las ciencias eclesiológicas y de una forma más particular dentro del campo de la Filosofía y la Teología.

¿Cómo coordinar los estudios filosóficos y teológicos para que juntos lleguen a descubrir más y más en las mentes de los alumnos el Misterio de Cristo? Con el fin de penetrar con un poco de profundidad en este problema es preciso advertir que en esta recomendación del Concilio no se nos exige, no se nos impone, en concreto, ordenar los estudios filosóficos a los teológicos de tal manera que la Filosofía llegue a ser o continúe siendo *Ancilla Theologiae*, como tampoco se nos pide que la Teología tenga que desarrollarse en función de los problemas planteados actualmente por la Filosofía puesto que la Teología no está al servicio de la Filosofía sino al servicio del hombre al igual que la Filosofía tampoco se encuentra al servicio de la Teología sino al servicio del hombre. Lo único que se nos exige, que se nos pide, es que sepamos *coordinar* ambas ciencias para que juntas, aunque cada una siguiendo sus métodos y estructura propia, lleguen a descubrir a los hombres con una mayor claridad el Misterio de Cristo. El punto central, por consiguiente, en el cual han de convergir Filosofía y Teología ha de ser el Misterio de Cristo.

El problema anteriormente planteado podría quedar, por consiguiente, formulado ahora de la siguiente manera: ¿Cómo la Filosofía podrá llegar a expresarnos el Misterio de Cristo? En la medida en que ésta nos descubra dicho Misterio, en esa misma medida se coordinará más estrechamente con la Teología.

Antes de intentar sugerir una solución a este problema no podemos olvidar que los estudios filosóficos, dentro de los seminarios, poseen una finalidad perfectamente determinada que, como hemos dicho anteriormente, consiste en abrir, en manifestar a las mentes de los alumnos el Misterio de Cristo. Esto nos exige, en principio, que su enseñanza haya de ser radicalmente diferente de la enseñanza ofrecida en los Centros Civiles: dichos Centros poseen una finalidad diferente a la de los seminarios. Pero no sólo poseen los estudios filosóficos dentro de los seminarios una finalidad diversa a la de las Universidades Civiles y Centros de Enseñanza Media; es el espíritu mismo, la vida misma de donde brota la Filosofía, donde se encuentran sus diferencias más radicales. La Filosofía en los seminarios, si ha de ser sincera consigo misma, y la primera virtud de toda auténtica Filosofía es la sinceridad, ha de brotar y desarrollarse en un ambiente, en un medio de oración, de contemplación religiosa cual ha de ser el ambiente de todo seminario. Sin embargo esta Filosofía, no por ser fiel a su finalidad y a su experiencia religiosa, ha de dejar de ser auténtica y verdadera Filosofía. Ahora bien, para que una Filosofía sea auténticamente fiel a sí misma ha de ser necesariamente fiel a los problemas que tiene planteados el hombre de hoy.

Teniendo en cuenta estas observaciones podríamos formular de nuevo nuestro problema de la siguiente manera: ¿Cómo la Filosofía siendo auténtica y verdaderamente fiel a sí misma puede brotar de una experiencia religiosa y manifestar el Misterio de Cristo no ya sólo a los futuros sacerdotes sino igualmente a los hombres de hoy ayudándoles a resolver sus propios problemas?

Como punto de partida para una solución, es preciso ser conscientes de que la Iglesia no nos impone de ninguna manera la obligación de verter la doctrina católica en las Filosofías del día; lo único que nos exige es ser sinceros con nosotros mismos, es decir responder como sacerdotes a las vivencias del alma moderna siendo fieles a las nuevas dimensiones que la Ciencia y la Historia, la Filosofía y la Literatura han dado a nuestro tiempo. Se nos impone el asimilar las experiencias de donde ha brotado la mentalidad actual, viviendo sus problemas y dominando, a la vez, los diversos métodos que para tratarlos se han ido elaborando poco a poco a lo largo de los siglos <sup>7</sup>.

• • •

El problema más grave que quizás tenga planteado en estos momentos el hombre de hoy y en el cual está comprometida toda la Filosofía actual es el problema de la crisis de la verdad, de la desconfianza en la razón y, en último extremo, el problema del escepticismo <sup>8</sup>. La Filosofía está enfrentada hoy día con el áspero problema de la búsqueda del *ethos* de la objetividad, de la aptitud de nuestra mente para captar la verdad objetiva <sup>9</sup>.

La conciencia filosófica, nacida en otros tiempos de la conciencia mítica, se ha ido separando lentamente de ésta hasta lograr la plena soberanía de la razón. Desde este momento la Filosofía ha pasado a ser una simple teoría de la razón. Y como teoría de la razón la Filosofía es concebida como un desarrollo de esa misma razón esforzándose por imponer la extensión progresiva de su dominio a toda la realidad; la razón apuntará dentro de la Filosofía a descubrirse como posesión pura y simple de sí misma. La certeza, la verdad que el hombre antiguo encontraba en la evidencia de los primeros principios y en todo aquello que

<sup>7</sup> Cfr. J. DANIELOU, "Les orientations présentes de la pensée religieuse": *Etudes*, abril 1949, 5. En este artículo se nos citan las esclarecedoras palabras del P. Montcheuil: "Quand on demande a une théologie de se renouveler, on ne lui demande pas de s'exprimer dans une nouvelle philosophie, mais d'assimiler d'expérience spirituelle d'où est née cette philosophie."

<sup>8</sup> Cfr. *Id.*, *Scandaleuse vérité*. París 1961, sOs.

<sup>9</sup> Este problema de la aptitud de nuestra inteligencia para conocer la verdad objetiva o, en otros términos, el problema actual del escepticismo, es tan trascendental en nuestros días que el mismo P. Danielou juzgaba que el Concilio debería haberlo acometido. P. DANIELOU, "Le Concile a-t-il trouvé sa voie?": *Etudes*, enero 1963, 9 s.

de una forma necesaria se deducía de ellos, pasará a encontrarse, para el hombre del siglo XIX y comienzos del XX, en el progreso de las ciencias físico-matemáticas. El criterio de verdad será sustituido por el criterio de eficacia colocándose el acento con más intensidad en los resultados efectivos que en los mismos principios de la acción. La Filosofía se llega a construir, de esta forma, sobre el dato científico, sobre el hecho elaborado por el empirismo. Todo lo que sea vivencia, dato prereflexivo es juzgado y rechazado en nombre de la misma razón invitándonos a desprendernos de ello al igual que el adulto se desprende de lo infantil o el hombre civilizado rechaza la forma de vida del primitivo. El sentido lógico, en concreto, ha terminado por imponerse al sentido existencial<sup>10</sup>.

Frénate a esta actitud netamente racionalista ha surgido en nuestros días la revalorización tanto del dato original, prelógico como de la conciencia existencial. El hombre actual es consciente de que el racionalismo ha dilapidado lo mejor de la herencia filosófica, la realidad misma, y que por consiguiente su obra no ha sido más que un puro juego de la razón carente de valor y seriedad. Ante ello ha proclamado, como principio básico y fundamental, la vuelta hacia las cosas mismas, la vuelta hacia la realidad concreta y moviente. Desde este momento la Filosofía dejará de consistir en la simple construcción de un sistema, en la elaboración de datos puramente mentales para recaer sobre una experiencia previa, precategorial que nos ponga en contacto directo e inmediato con la misma realidad. Su trabajo consistirá en instaurarse, en primer término en la misma realidad a través de una vivencia prelógica tratando, a continuación, de elucidar, de clarificar, de hacer cada vez más inteligible esa vivencia prereflexiva. En esta búsqueda del dato original ha surgido, en primer lugar, una tendencia a revalorizar el mito dentro del campo filosófico considerándolo como algo realmente primario y fundamental, como una vuelta hacia una nueva infancia filosófica. Sin embargo, esta revalorización del mito ha dado origen a otro de los problemas más vivos que tiene planteados hoy día la Filosofía: la continuidad entre vida prereflexiva y reflexión filosófica.

En la búsqueda de una experiencia originaria que lograrse ponernos en contacto inmediato con la realidad, la Filosofía actual, como hemos dicho anteriormente, ha llegado a encontrarse con el mito; pero el mito es considerado como algo aparte de la razón, como algo totalmente independiente de toda categoría lógica, de tal manera que con él vuelve a introducirse lo irracional dentro del campo filosófico llegando a romperse con ello toda continuidad entre dato precategorial y vida reflexiva. Se ha buscado el dato inseparable de la vida, el contacto directo con la realidad, pero a este dato inmediato se le ha querido considerar como algo radicalmente opuesto a la razón.

---

<sup>10</sup> Cfr. G. GOUSDORF, *Mito y Metafísica*, Buenos Aires 1960, 180.

Esta actitud irracionalista ha hecho revivir hoy día posiciones filosóficas ya superadas. En primer término, el voluntarismo tratando de justificar la verdad a través única y exclusivamente de la libre determinación de la voluntad humana; en segundo término, el fideísmo en el que se intentaría justificar la verdad por la actitud personal de cada creyente. A partir de estas actitudes irracionalistas la Filosofía se encuentra hoy día irremediablemente perdida, enfrentada con los esquemas vacíos de la razón o, en otros términos, frente a frente con la nada<sup>11</sup>.

Otro nuevo ensayo de entroncar la razón con la realidad ha sido el realizado a primeros de siglo por el modernismo reclamando una mayor atención para el aspecto interior, subjetivo, no conceptual del acto de fe. El modernismo planteó con toda claridad y en toda su viveza el problema de la relación entre experiencia y concepto, entre dato prelógico y reflexión filosófica, sin embargo y a pesar de sus inmensos esfuerzos, no logró darle una solución adecuada. Y este problema ha continuado y sigue siendo aún hoy día uno de los problemas más graves que tiene planteados tanto la Teología como la Filosofía<sup>12</sup>.

Una tentativa igualmente actual por superar el irracionalismo y lograr una conexión eficaz entre realidad y concepto ha sido la que se encuentra en la fenomenología o, quizás, con una mayor precisión, en la Filosofía Existencial. La Filosofía Existencial ha tomado como punto de partida el análisis fenomenológico del hecho de conciencia, tomando la palabra conciencia en un sentido netamente cartesiano. En este análisis fenomenológico se nos ofrece la *realidad*, se nos comunica la *objetividad* del ser. El mundo está unido realmente con la conciencia puesto que la conciencia es *conciencia-de* o, en otros términos, *in-tencionalidad, ex-sistencia*.

La Filosofía Existencial ha querido fundamentar el saber reflexivo sobre este dato prelógico de la *ex-sistencia*, de la *in-tencionalidad* de la conciencia, sin embargo no ha logrado superar la rotura que existe entre concepto y vida prereflexiva, entre concepto y realidad. Al intentar fundamentar el saber desde la intencionalidad es desde la conciencia, al fin y al cabo, desde donde se pretende explorar el mundo. Se hace un esfuerzo enorme por superar el racionalismo y el idealismo, pero a la postre se sigue envuelto en ellos sin poder lograr desprenderse de sus redes. "Para la Fenomenología, lo primero y fundante es siempre sólo la conciencia como ente en el cual y sólo en el cual se dan las cosas en lo que ellas verdaderamente son"<sup>13</sup>.

<sup>11</sup> Cfr. A. DONDEYNE, *Fe cristiana y pensamiento contemporáneo*, Madrid 1963, 155 s.

<sup>12</sup> Le problème que le modernisme n'avait pas pu résoudre, à savoir, les rapports entre expérience et concept, est demeuré l'enjeu des discussions théologiques jusqu'à aujourd'hui (*Informations catholiques internationales* n.º 181 (1963) 29).

<sup>13</sup> X. ZUBIRI, *Sobre la esencia*, Madrid 1962, 452.

Para fundar el saber y superar todo dualismo entre sujeto y objeto se nos impone el ir más allá del *cogito*, de lo reflexivo, hacia algo previo que esté situado más allá de toda dualidad entre vida y razón, entre sujeto y objeto. En la búsqueda de este dato prelógico, principio y fundamento de nuestro saber humano, se encuentra empeñado lo mejor de la filosofía actual. Y en esta misma búsqueda tendremos que comprometernos nosotros, si queremos que nuestra Filosofía sea real y sincera, fiel a nuestro tiempo y puesta al servicio de los problemas que tiene planteados el hombre de hoy.

Necesitamos, por consiguiente, un dato originario, prelógico, prereflexivo, para fundamentar y posibilitar la actividad específica de nuestra razón, para superar el fideísmo y modernismo, el racionalismo e idealismo. Pero este dato no deberá estar más allá de la racionalización. La investigación actual nos sitúa de esta forma en el problema central del platonismo, incitándonos a poner en claro un *a priori* que explique suficientemente la posibilidad de nuestro conocer o, en otros términos, su *ethos* de objetividad, poco importa que se le llame reminiscencia, entendimiento agente, memoria o categoría, lo que interesa realmente es que sea un dato primario, prelógico y que a la vez llegue a instaurar con auténtica y real eficiencia toda la actividad cognoscitiva de nuestra razón.

Sin embargo, donde surge la dificultad en toda la plenitud de su viveza es al tratar de precisar el carácter último de este platonismo o apriorismo. Y aquí es precisamente donde la experiencia propia y personal de San Agustín puede ser invocada con plena autoridad. San Agustín captó en toda su amplitud el drama de la Filosofía y fue plenamente consciente de que no nació en el Cristianismo; intentar bautizarla exige muchas precauciones y una no menor prudencia. Más aún, después de su inmenso esfuerzo por lograr cristianizarla terminó, al fin, reconociendo que la Fe, que la Teología, condiciona ineludiblemente la Filosofía y que es absolutamente necesario hacer comprender a los filósofos que sus métodos y problemas están condicionados, determinados por otros problemas y métodos muy diferentes de los estrictamente filosóficos. Para conseguir esto otro no ve otro camino que el Misterio de Cristo. El mismo camino, precisamente, que nos propone hoy día el Concilio. El Concilio parece, pues, invitarnos a repetir la misma experiencia agustiniana en el lenguaje y estilo de nuestro tiempo:

“Pero el alma, abrumada y atada por los pecados, no podría ver y contemplar por sí misma estas cosas, si no hallase una escala intermedia para pasar de los problemas humanos a los divinos, para pasar de la vida terrena a la semejanza de Dios. Por eso Dios, en su inefable misericordia nos ha ofrecido una economía temporal, valiéndose de una criatura mutable, pero obediente a las leyes eternas, para que el hombre se acuerde de su primera y perfecta naturaleza, enseñando ya a los individuos, ya a

todo el género humano. Tal es en nuestros tiempos la Religión Cristiana." 14.

"Y puesto que Dios cuida a las almas por todos los medios, según la oportunidad de los tiempos, que su admirable sabiduría ordena... no pudo beneficiar de mejor modo al género humano, que en aquel momento en que la Sabiduría de Dios, esto es, el único Hijo consustancial al Padre y co-eterno con El, se dignó asumir al hombre entero, y se hizo carne y habitó entre nosotros. Así demostró a los carnales, que no tienen energía mental para contemplar la verdad, y que se entregan a los sentidos corporales, cuán excelso lugar ocupa la naturaleza humana entre las demás criaturas... No obró pues por la violencia, sino por la persuasión y el aliciente." 15.

San Agustín hace en cada uno de estos textos una clara referencia a la llamada *via humilitatis* que con tanta amplitud nos expone y desarrolla en sus Confesiones. Su pensamiento parece ser el siguiente: Los filósofos no alcanzaron nunca a creer que existiese un camino de salvación para el género humano, que abarcase a todos los hombres; se entregaron a la Filosofía, pero pensando que ésta únicamente podría salvar a muy pocos de los hombres. El pueblo, la masa ha de ser abandonada a su suerte miserable, puesto que se carece de una autoridad lo suficientemente acreditada para llevar, para conducir a los hombres hacia la salvación. Por esto Agustín presta a los platónicos, los más nobles de los filósofos, esta consideración:

"Si existiese algún hombre grande y divino, que fuese capaz de persuadir estas cosas a los pueblos, por lo menos para que las creyesen si es que no alcanzan a comprenderlas... Platón hubiese contestado, creo yo, que eso no podía realizarlo hombre alguno, a no ser que le hubiese asumido de su naturaleza la misma Virtud y Sabiduría de Dios; que le hubiese iluminado desde la cuna, no el magisterio de los hombres, sino la íntima iluminación; que le hubiese adornado tanta gracia, robustecido tanta fortaleza, apoyado tanta majestad, que pudiera convertir al género humano, o una fe tan salvadora con sumo amor y suma autoridad, despreciando todo aquello que codician los hombres pequeños, padeciendo todo lo que ellos aborrecen y haciendo todo lo que ellos admiran." 16.

Este camino abierto por San Agustín es quizás aquel que más garantía de éxito y un mayor número de esperanzas puede ofrecernos en la actualidad. La

14 *De vera Relig.* 10, 30, PL. 34, 131.

15 *Ibid.* 16, 30, PL. 34, 134-135.

16 *Ibid.* 3, 3, PL. 34, 124. Este es, a mi juicio, el camino señalado por el Concilio, si junto a la vida religiosa y espiritual hemos de poner la verdad y la sinceridad.



Filosofía se encuentra condicionada en su raíz más profunda por la Fe y ha de ser la *via humilitatis*, que nos ha entregado Cristo, la que precisamente ha de orientar y dirigir toda su actividad; solamente así lograría llegar a no cerrarse sobre sí misma en un naturalismo absoluto como aquel en el que vivieron los griegos o el mismo que ha sido iniciado por la Filosofía Existencial.

\* \* \*

Al tratar de buscar un dato originario, prelógico que esté situado más allá de la misma razón, pero que contenga, sin embargo, dentro de sí los gérmenes de toda racionabilidad, no podemos menos de pensar en cada una de las sugerencias que nos puede ofrecer y de hecho nos ofrece la obra de Hessen. Quizás podría llegar a pensarse en una vivencia o en un valor religioso como dato verdaderamente prerreflexivo que nos ofrece y entrega, de forma inmediata, la realidad objetiva y en cuyo interior se hundan las raíces últimas de toda vida predicamental. Sin embargo hasta ahora todos aquellos filósofos que han buscado una *experiencia* en el orden religioso como punto de partida para construir la Filosofía en perfecta concordancia con el Misterio de Cristo, no han logrado convencer a la mayoría de los pensadores. ¿Deberemos entonces renunciar a una experiencia religiosa fundamental o negar que existen valores religiosos diferentes de los puestos en claro por la tradición? Creemos que no. Aunque nunca se llegase a demostrar que *lo santo* o *lo religioso* es un valor natural y personal, aún existiría una hermosa herencia aprovechable dentro de estas posturas *experimentales*. No en vano San Agustín repite la fórmula *Fecisti nos ad Te*. Quizás, por otra parte, el valor religioso de que nos habla Hessen sea derivado, complejo, consecutivo y exista la posibilidad de poder relacionarlo íntimamente con los valores tradicionales. San Agustín llamó *Dios* al valor supremo y aunque la Filosofía moderna rechace esta denominación, el problema aún continúa ahí esperando una solución.

Esta concepción de la Filosofía nos acerca de una manera plena a la *Catharsis* negativa y positiva, que defendieron conjuntamente durante mucho tiempo neoplatónicos y cristianos. Y aquí reside ciertamente para muchos el miedo y el problema de esta concepción de la Filosofía: quieren que la Filosofía sea una *asignatura*, pero no una *forma de vivir y de pensar*. No podemos olvidar que sólo se entra en el reino de la verdad a través de un corazón puro y de un alma llena de justicia y caridad. En fórmula lapidaria nos dice San Agustín: "*Non intratur in veritatem nisi per charitatem*"<sup>17</sup>.

El estudio de la Filosofía se entronca de esta forma con todo el aspecto

<sup>17</sup> C. *Faustum Manich.* XXXII, 18, PL. 42, 507-508.

espiritual y disciplinar de la formación sacerdotal que el Concilio nos exige e impone con la misma e idéntica intensidad que la formación intelectual. No existe rotura o quebrantamiento entre vida espiritual y vida reflexiva, al contrario, entre ambas existe una perfecta y estrecha unidad llegando a ser la una verdadero fundamento de la otra. Querer separarlas es caer, dentro del marco de la vida sacerdotal, en un puro racionalismo o simplemente en el fideísmo con todas las consecuencias que ésto implica y de las cuales la primera es la de construir una vida totalmente superficial en la que el obrar no se apoya en el pensar, y el pensar no se apoya en la sinceridad.

Así planteado nuestro problema es toda una nueva Filosofía la que tenemos que rehacer; no podemos seguir repitiendo fórmulas vacías, carentes de todo contenido y valor objetivo. Nuestra labor preliminar ha de estar dirigida, en el aspecto histórico a hacer ver cuánto han luchado los hombres para poner en claro su sentido de la religión. Por otra parte, el aspecto constructivo de nuestro trabajo implica, ante todo, el vivir los problemas que tiene planteados el mundo de hoy. No se hace Filosofía por mero deporte: la Filosofía es algo que compromete todo nuestro ser, toda nuestra existencia, y nuestra existencia no se realiza en este mundo de una forma aislada, cerrada sobre sí misma. Estamos situados en un mundo y nuestros problemas, si realmente son auténticos y verdaderos problemas y no meras imaginaciones, han de ser los problemas de este mundo en el cual estamos viviendo; querer independizarse de nuestro mundo es intentar desarraigar nuestra vida dejándola sin consistencia, apoyada en puras y simples divagaciones. Este vivir y comprometerse en los problemas que tiene planteados el hombre de hoy no ha de ser, por otra parte, más que una simple incitación para explicitar, conforme a las necesidades y métodos elaborados en nuestros días, el contenido de la experiencia religiosa, formando, construyendo así una Filosofía que tanto la Iglesia como el mundo actual nos están exigiendo realizar.

Esta nueva reestructuración de la Filosofía que se nos pide no es en el fondo más que un esfuerzo por expresar, conforme a nuevas exigencias y categorías mentales, ese misterio cósmico, universal, en el cual estamos sumidos y que se hace vida, carne nuestra en la experiencia religiosa<sup>18</sup>; misterio, por otra parte, que no es más que implícitamente el Misterio de Cristo de que nos habla San Pablo y en el que insiste con tanta fuerza e intensidad el Concilio Vaticano II<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Cfr. PLANETE, "Phenomene religieux?": *Informations catholiques internationales* n.º 269-270 (1966) 17 s.

<sup>19</sup> Cfr. R. GABAS, *Indole escatológica de la Iglesia peregrinante y su unión con la Iglesia celestial (Comentarios a la Constitución sobre la Iglesia, ed. BAC, Madrid 1966, 891 s.)*

Entre misterio filosófico y misterio cristiano no existe rotura sino perfecta continuidad al igual que entre el Dios de la Filosofía y el Dios de la Religión, entre Revelación natural y Palabra revelada. Filosofía y Teología no son dos caminos paralelos, sino dos caminos convergentes que se encuentran en un mismo e idéntico misterio, el Misterio de Cristo, *implícito* en la experiencia y en los valores religiosos y *explícito* en la gracia sobrenatural de la Fe<sup>20</sup>.

P. JAIME GARCÍA, O. S. A.

---

<sup>20</sup> E. SCHILLEBEECKX, "La Iglesia y el Mundo": *Colligite* 10 (n.º 4, 1964) 34 s.